

...

San Bernardo y San Benito son, quizás, las mayores expresiones en ese resurgir entorno a sus imágenes, en el día grande de sus salidas procesionales. San Benito y San Bernardo, barrios que crecieron a extramuros de la ciudad y que tuvieron en común, como fronteras físicas y sentimentales, las pendientes de dos puentes que los hacían desembocar a las puertas mismas de la vieja Sevilla, la de Carmona y la de la Carne.

No hay mayor solera que la pertenencia a la Hermandad del barrio que te vio nacer y vio nacer a tus mayores.

Retornar a esas calles y escuchar como llaman a niñas y mujeres con el mismo nombre que a la Virgen frente a la que, seguramente, aprendieron a musitar sus primeras oraciones, no solo ellas sino sus madres y abuelas, sentir cómo el casticismo se apodera de lugares que el paso del tiempo despojó de sus primitivas esencias, disfrutar de la sensación de ver transcurrir una cofradía y comprobar que es capaz de devolver su pátina costumbrista a rincones que, aun hermosos, no parecen sentirse esa Sevilla que dibujamos en nuestro imaginario...

Vivir un Martes Santo en la Calzá o un Miércoles en San Bernardo supone encontrarnos con las señas de identidad de tantos sevillanos a los que un día les basta para volver a sentir como barrio.

*Encarnación y Refugio
ya no viven en sus barrios.
Hace mucho que sus vidas
y que sus rumbos viraron
lejos de aquellos rincones
felices que añoran tanto.
Las dos tienen señalado,
en rojo en el calendario
dos días y dos lugares,
como tesoros sagrados,
sobre un Martes San Benito,
un Miércoles San Bernardo.*

*Se mudaron hace mucho
al Polígono San Pablo
y viven, puerta con puerta,
frente a donde, el Lunes Santo,
verdean sueños los ojos
de la Virgen del Rosario.
Allí rezan cada tarde,
allí entran a diario
a ofrecer un Padre Nuestro
al Cautivo y Rescatado,
después del café y la charla
con gente del vecindario.
Dicen, los que las conocen,
que el cielo tienen ganado.
Dios sabe de sus historias,*

*Dios sabe de sus calvarios.
Nunca perdieron la fe,
aunque a veces flaquearon
sus fuerzas. Nunca, jamás,
sus vidas desdibujaron
los caminos del amor
que les fueron inculcados,
predicando con ejemplos.
El pueblo, sencillo y sabio,
sabe dónde está la senda:
abriendo el alma, ayudando
a todo el que necesite
de su aliento, de su abrazo.*

*Encarnación se crió
en la sencillez de un patio
de vecinos. Un laurel,
un limonero, un naranjo,
un pozo y quince familias
que, llegando el Martes Santo,
entre mayores y niños
podían formar un tramo.
Durante un mes de cordeles
colgaban hábitos blancos
que hacían de tendederos
tramoyas y, en el teatro
del paso de aquellas vidas,
en que transcurría el año,
anunciaban la llegada,
por fin, del segundo acto.
El primero Navidad,
el tercero, cruz de mayo
y el último Valvanera,
repetidos desde antaño.
El barrio de "la Calzá"
era el mejor escenario.
Cada vecino tenía
su papel en el reparto
de esa obra que alcanzaba,
sin que hiciese falta ensayo,
el cenit de la emoción
la tarde del Martes Santo.
Toda la sevillanía
danzando entre lo sagrado.
Encarna se crió así.
La hermosura de su patio,
donde brotaban jazmines
cada noche de verano,*

*la llevaba en la mirada
y aunque un dolor, conjugado
en los surcos de su rostro,
trasmine su desencanto,
ella irradia la nobleza
de quien da sin nada a cambio.
Pasando fatiga, a veces,
sí, pero abiertos sus brazos
por más que sangre su herida
como su crucificado.
El día que Dios la llame,
cuando se haya presentado
ante el Divino Hacedor
seguro estará Pilatos
para lavar sus heridas,
igual que lavó sus manos,
porque a las mujeres buenas,
a esas que han sufrido tanto,
la Virgen, la que alumbró
al mismo Verbo Encarnado,
les tenderá una calzada
de seda y ricos bordados
y un acueducto de perlas,
de corales y alabastro,
donde un agua cristalina
refresque sus pies cansados.
Ya suma noventa y sigue,
tras su Cristo presentado.
Seguro que Encarnación
se habrá ganado el descanso
cuando le diga el Señor
que el puente la está esperando.*

...